RAMON DE CAMPOAMOR

GUERRA A LA GUERRA

Dolora dramática

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1914

GUERRA A LA GUERRA

DOLORA DRAMÁTICA

ESCRITA POR

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

REPRESENTADA CON GRAN ÉXITO EN EL TEATRO ESPAÑOL, DE MADRID, EL 3 DE NOVIEMBRE DE 1870



BARCELONA
BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»
21 - Calle de San Pablo - 21
1914

REPARTO

Personajes	Actores
VÍCTOR (soldado francês, cojo).	D. Manuel Catalina
ENRIQUE (soldado prusiano, manco) . .	» Francisco Oliva

IMP. FÉLIX COSTA; CONDE DEL ASALTO, 45.—BARCELONA

LUGAR DE LA ESCENA

Vista de una campiña próxima a una ciudad sitiada.—VÍCTOR, soldado francés, aparece con los dos pies vendados, sentado encima de una piedra, sobre el borde de un río.—Al levantarse el telón se oye el estruendo de una batalla, cuyo ruido va decreciendo poco a poco, aunque durante la representación no se extinguirá del todo.—Sale después ENRIQUE, vestido de soldado prusiano, sin manos y con unas vendas mal atadas.

VÍCTOR — *Vinieron los Sarracenos*
y nos molieron a palos;
que Dios protege a los malos
cuando son más que los buenos.
ENRIQUE — Un francés cojo está allí.
VÍCTOR — ¡Calle! un alemán sin manos.
ENRIQUE — ¡Mal ha... !
VÍCTOR — Todos los hulanos
quisiera verlos así.
ENRIQUE — ¡Qué ruido!
VÍCTOR — ¡Qué cañonazos!
¡Tengo en los pies un dolor!
ENRIQUE — ¡Es sublime este rumor!...
¡Cómo me duelen los brazos!
VÍCTOR — Ya inútil y sin caudal,
no sé dónde hallar sustento.
ENRIQUE — De sobra en mi regimiento,
voy buscando un hospital.
VÍCTOR — ¡Qué horrores!
ENRIQUE — Toda la tierra
parece que está impregnada

de ese olor de carne asada
con la pólvora en la guerra.

VÍCTOR ¡Más fuego!

ENRIQUE ¡Más cañonazos!

VÍCTOR ¡Cuándo cesarán, Dios mío!
¡Ya casi va lleno el río
de pies, cabezas y brazos!

ENRIQUE *(Quejándose.)* ¡Ay! ¡ay! Me voy a curar
antes que el francés entienda...

VÍCTOR Ven y te ataré esa venda,
que te vas a desangrar.

ENRIQUE ¡Nunca! ¡Jamás!

VÍCTOR ¡Voto a tal!
Ven, y no tengas, prusiano,
la cabeza de un germano
dura como un pedernal.

ENRIQUE Ser curado por un... ¡Oh!

VÍCTOR Ven, o te mueres.

ENRIQUE *(Vacilando.)* ¡Qué diablo!
Haremos lo que San Pablo,
que amó lo que aborreció.
(Enrique se acerca, y Víctor le arregla las vendas.)

VÍCTOR Ahora verás que un francés,
si es un francés verdadero,
hiere a los hombres primero
para curarlos después.
La venda está mal sujeta.
¡Gran nación es la prusiana!

ENRIQUE No vale la gloria humana
ni la sangre de un trompeta.

VÍCTOR ¡Cuántos trenes de batir!
¡Qué masas! y ¡qué cañones!...

ENRIQUE Sí. ¡Dichosas las naciones
cuya historia hace dormir!

VÍCTOR Te encuentro de juicio lleno.
Bien. Ya está seguro el trapo.

ENRIQUE (Este francés es muy guapo.)

VÍCTOR (Este prusiano es muy bueno.)

ENRIQUE Dame un abrazo. *(Víctor le abraza.)*

VÍCTOR Llegaste,
y ves que servido fuiste.

ENRIQUE Ama lo que aborreciste.

VÍCTOR — Tú aborrece lo que amaste.
ENRIQUE — (Ejerce en mí un cierto imperio
este francés vanidoso.)
VÍCTOR — (No es del todo fastidioso
este petulante, en serio.)
Dime: ¿tu nombre, cuál es?
ENRIQUE — Enrique de Fastenrath.
VÍCTOR — Y yo, Víctor de Lausat.
ENRIQUE — Soy alemán.
VÍCTOR — Soy francés.
¿Estaréis de gozo llenos?
ENRIQUE — Sí, tenemos la unidad.
VÍCTOR — Y eso, ¿os dará libertad?
ENRIQUE — Libertad, no.
VÍCTOR — ¿Y manos?
ENRIQUE — Menos.
VÍCTOR — Pues ¿qué has ganado?
ENRIQUE — Soy franco;
lo que he ganado aun no sé.
VÍCTOR — Voy yo a decírtelo.
ENRIQUE — ¿Qué?
VÍCTOR — Yo, ser cojo, y tú, ser manco.
ENRIQUE — ¡Ay! Un cañón inclemente...
VÍCTOR — La guerra es cosa admirable;
siempre se apunta a un culpable
y se mata a un inocente.
ENRIQUE — Dios maldiga a esos Tiberios
que, del infierno al trasluz,
van jugando a cara o cruz
la suerte de los imperios.
VÍCTOR — Amén.
ENRIQUE — ¡Qué sed infernal!
VÍCTOR — Pues bebe; ahí tienes el río.

(Enrique se inclina para beber, pero no puede.)

ENRIQUE — ¿Y me he de bajar, Dios mío,
cual si fuese un animal?
VÍCTOR — ¡No te impacientes, germano!
Yo de beber te daré;
como Diógenes, te haré
una taza con la mano.

(Víctor le va alcanzando el agua a Enrique.)

ENRIQUE — ¡Gracias! ¡gracias! ¡Maldición!

¡Va rojo de sangre el río!
¡Hoy todo es en torno mío
tristeza y desolación!

VÍCTOR — Sigue, que con buena gana...

ENRIQUE — ¡Si va el agua tan espesa!...

VÍCTOR — ¡La mitad, sangre francesa!
¡La otra mitad, alemana!

ENRIQUE — ¡La sangre que lleva el río
me hace dar diente con diente!

VÍCTOR — ¡Aunque se toque caliente,
la sangre siempre da frío!

ENRIQUE — No quiero más. El esófago
de ver sangre se me cierra.

VÍCTOR — Eso es hasta que la guerra
te convierta en antropófago.

ENRIQUE — De una tragedia infernal
parece esa agua el espejo.

VÍCTOR — Confiesa que el mundo viejo
no estaba del todo mal.

ENRIQUE — ¡Yo he perdido tanto bien!...
¡Era tan feliz!... y ahora...

VÍCTOR — ¿Tienes madre?

ENRIQUE — Que me adora.
Y otra persona también.

VÍCTOR — Y esa persona, ¿es bonita?

ENRIQUE — Blanca y rubia como el oro.

VÍCTOR — ¿Rubia? Ya también la adoro.
¿Y se llama?

ENRIQUE — Margarita.

VÍCTOR — Y a ese ser de cutis blanco
y de cabello tan rojo,
di: ¿le gustaría un cojo?

ENRIQUE — No, no, ¡ni siquiera un manco!
Muerto por aquel cañón,
fuera más feliz mi suerte,
porque me haría la muerte
vivir en su corazón.

VÍCTOR — ¿Piensas ir a verla?

ENRIQUE — Quita.
¿Verme yo manco a su lado?
¡Estar despoetizado
delante de Margarita!

¡Con tanto afán y tan bien
mi corazón la adoraba,
que al mismo Werther miraba
con soberano desdén!
¡Amar, y estar de esta suerte!

VÍCTOR Pues, como lisiado estás,
Enrique, tú vivirás.
Conozco mucho a la muerte.
En fin, nos hemos batido
por...

ENRIQUE Por nada, o casi nada.

VÍCTOR Y hemos hecho una jugada
en que ambos hemos perdido.

ENRIQUE ¡Qué bien! Llega un alemán,
se bate con un francés,
y ambos quedan sin los pies,
sin las manos, y...

VÍCTOR Sin pan...

ENRIQUE Dos días ha que no como.

VÍCTOR ¿No? Pues todo este terreno,
si tienes hambre, está lleno
de carne frita con plomo.
(Mirando a unos árboles.)
¡Ah! Mira lo hermosa que es
la fruta de esos manzanos...

ENRIQUE (Mirando la fruta con ansia.)
¡Oh! ¡Si yo tuviera manos!

VÍCTOR ¡Oh! ¡Si yo tuviera pies!
¿Tienes de ellas muchas ganas?

ENRIQUE ¡Muchas!

VÍCTOR Comerás manzanas...
hulano merodeador.
Tú eres manco, yo soy cojo;
pues bien, te acercas a mí,
te arrodillas, subo en ti,
te alzas, me empino y las cojo.

ENRIQUE Pero es tan extraordinario...

VÍCTOR Serás, siendo tan estoico,
pobre, encorvado y heroico,
más grande que Belisario.

ENRIQUE Pero señor...

VÍCTOR Ten modestia.

¿Ignoras, gran pecador,
que Nabucodonosor
por querer ser Dios fué bestia?
¿Tendrás más virtud que él tuvo?

ENRIQUE Pero...

VÍCTOR ¡Subir o morir!

ENRIQUE Pero...

VÍCTOR ¡Morir o subir!

ENRIQUE Pues súbete.

VÍCTOR (Se va subiendo, apoyado sobre uno de los hombros de Enrique.) Pues me subo.
Alza. Más.

ENRIQUE Esto horripila.

VÍCTOR Más.

ENRIQUE De mi bondad me asombro.

VÍCTOR He aquí un galo sobre el hombro
de un descendiente de Atila.
¿Dónde echaré?... ¡Voto a san!...
(Le quita el casco y echa en él las manzanas.)
En este casco prusiano,
que cubre un magín paisano
del gran filósofo Kant.

ENRIQUE ¿Cómo consiente la tierra
que así de mi orgullo abdique?

VÍCTOR Estas vergüenzas, Enrique,
se las debes a la guerra.

ENRIQUE Cierto.

VÍCTOR Y mejor que este día
me pagó el emperador,
yo te pagaré el sudor
que sudes por causa mía.

ENRIQUE Mas...

VÍCTOR Olvida lo que ves
y piensa en lo que verás,
y qué humillación tendrás
de esta humillación después.
Bájame ya.

ENRIQUE ¿Estás contento?

VÍCTOR ¡Sí! Tienes gran sufrimiento,
que es el valor del valor.
(Se sientan sobre unas piedras a comer las manzanas.)
Siéntate. En esta campiña

Pondremos al hambre fin,
mientras tu rey da un festín
a las aves de rapiña.
Feliz tú; con la unidad,
tu gloria y estas manzanas...
¿No comes? ¿No tienes ganas?...

ENRIQUE ¿Con qué manos?

VÍCTOR ¡Es verdad!
¿Qué harías si de comer
no te quisiese yo dar?

ENRIQUE Me tendría que inclinar
como si fuese a pacer.

VÍCTOR ¡Esa es la gloria!

ENRIQUE ¡Esta es!

(Víctor acerca de cuando en cuando trozos de manzana a la boca de Enrique.)

VÍCTOR Discutamos como hermanos,
porqué has dado tú las manos
y yo he perdido los pies.

ENRIQUE Bismarck, con gran claridad,
nos lo ha dicho, no sé donde.

VÍCTOR ¡Ah! Pues si lo ha dicho el conde,
de seguro no es verdad.

ENRIQUE ¿Es por la orilla del Rhin,
por lo que la Francia lidia?
¿O es porque nos tiene envidia?

VÍCTOR Por todo, ¡voto a Caín!
No sé por qué nos molesta
de la Prusia el poderío,
y el no lindar con un río
que no vale lo que cuesta.
Todas las madres, que al fin
se irán sin hijos quedando,
harán un río, llorando,
más caudaloso que el Rhin.

ENRIQUE Dame más.

VÍCTOR Tu hambre es canina.

ENRIQUE Dios pague tu buena acción.

VÍCTOR ¡Ca! Si a mí, el buen corazón
es un vicio que me arruina.

ENRIQUE Hasta Sedán os llevó
la nacional ligereza...

VÍCTOR Fué la nacional tristeza
que nos causa Waterloo.

ENRIQUE Siento que la suerte infiel...

VÍCTOR ¿Quién podía calcular
que había de hacer Bismarck
de la Alemania un cuartel?
A un número tan horrible
yo os hubiera dicho: «Entrad»;
sois tantos, que es necedad
luchar contra lo imposible.
Viendo llegar los aliados,
un soldado, en Waterloo,
tiró el fusil, se sentó,
y dijo: «¡Son demasiados!»
¿Cómo ha podido sacar
de entre sabios alemanes
todo un millón de jayanes
el gran canciller Bismarck?
Todo con gente lo allana;
y Moltke usa, en su ambición,
la táctica del cañón:
fuego contra carne humana.
Ya no hay ciencia militar;
quien consigue la victoria
no es el genio de la gloria,
es *la industria de matar.*
¿Es así como vencía,
de astucia y constancia lleno,
Aníbal en Trasimeno
y el español en Pavía?

ENRIQUE Siempre la guerra es febril...

VÍCTOR Es una guerra de locos.

ENRIQUE ¿Cuántos van muertos?

VÍCTOR Muy pocos:
van... ¡unos trescientos mil!
Cierto es que, con arrogancia,
Francia aspiró a serlo todo;
mas Dios pensó de otro modo,
y Dios puede más que Francia.
Mas tratarla hasta ese extremo
de rabia y de vanidad
es una ferocidad

digna de un miedo supremo.
Tratándonos a lo moro
dejan nuestro imperio yermo;
ya es hoy, para el rey Guillermo,
el cetro un garrote de oro.
Mas es tu rey poco sabio
cuando ignora que, en el mundo,
hay un abismo profundo
entre la copa y el labio.
Pagó el otro su ambición;
pagará éste su codicia:
siempre tras de la injusticia
camina la perdición.

ENRIQUE Esos guerreros impíos,
sin duda, en su furia insana,
piensan que la sangre humana
la llevan fresca los ríos.

VÍCTOR Lógica de esos señores:
Un rey que todo lo arrasa,
piensa que por donde pasa
deja un reguero de flores.

ENRIQUE De ti y de mí, ¿qué memoria
quedará cuando, algún día,
sea esta carnicería
una hermosura en la historia?

VÍCTOR Lo que nos trajo a morir
sólo nos tiene guardado,
tras la noche del pasado,
la noche del porvenir.
Oye: cae un hombre al mar,
llama, grita, nadie escucha,
baja, sube, lucha y lucha,
y mira el buque marchar;
y del buque en que marchaba
ninguno mira hacia atrás,
y él lucha más, lucha más,
se hunde, se hunde, y todo acaba.
Tú ves el buque marchando,
y mientras te vas hundiendo,
tu Bismack sigue no viendo,
tu rey sigue no escuchando,
y después que te han traído

a tan sangrienta victoria,
ellos tendrán... mucha gloria,
y tú tendrás... mucho olvido.

ENRIQUE ¡ Verdad !

VÍCTOR ¡ Vaya si es verdad !

ENRIQUE Y hoy, ¿qué haremos? ¡ infelices !

VÍCTOR ¿Que qué haremos hoy, me dices,
alma sin profundidad?
Ven, ven, ponte aquí delante.

(Víctor se levanta echando un brazo al hombro de Enrique.)

Voy a ser, de ti cogido,
como san Ignacio herido,
un apóstol militante.
¡ Qué espectáculo tan bello
dará al mundo nuestra unión !
¡ Hermosas muletas son
mi chassepot y tu cuello !

(Se apoya Víctor con un brazo en el cuello de Enrique: con el otro brazo se apoya en la culata del fusil convertido en muleta, y se adelanta hacia el proscenio.)

Limosna a estos dos amigos
pedir nos verá la tierra,
y maldecirá la guerra,
que de héroes hace mendigos.
Con voz por el llanto ahogada,
probaremos a la historia
que es una infamia la gloria,
y más, la más celebrada.
Que pone esa gloria altiva
el robo sobre el trabajo.
Que está la ley de aquí abajo
sobre la ley de allá arriba :
el grande sobre las leyes ;
sobre el grande la privanza ;
sobre los pueblos la holganza ;
los pueblos sobre los reyes ;
sobre los pueblos la guerra ;
sobre la guerra los duelos,
y, lo que es más triste, ¡ oh cielos !
los tontos sobre la tierra.

¿Qué hemos de hacer por el mundo
pregunta, Enrique, tu afán?
Eres, cual sabio alemán,
inútilmente profundo.
Cantando iremos lon lances
de esta espantosa jornada,
que, aunque yo no sé hacer nada,
sé hacer muy buenos romances.
Siendo uno de otro el sostén,
apelaremos al ruego
cantando coplas de ciego,
como dos ciegos que ven.
¡Ay! Y después de pasar
por muchos desasosiegos,
también quedaremos ciegos
de vernos y de llorar.
Verás, ¡verás qué enseñanza
ven brotar de nuestros labios!
¡Porque todos somos sabios
en perdiendo la esperanza!
A un alemán y a un francés
verá el mundo hacerse hermanos.
Tú comerás con mis manos,
y yo andaré con tus pies.
Al vernos en paz y unidos
verán, mirando a los dos,
que no hay delante de Dios
vencedores ni vencidos.
Tú, dolorido, yo, enfermo,
¿quién nos negará su pan?
Hasta «¡Id con Dios!» nos dirán
Napoleón y el rey Guillermo.
¿Hay quien niegue cosa alguna
cuando la pide un tullido
en nombre del que ha escogido
un pesebre para cuna?
¡Y hasta las gentes extrañas,
si no por nuestras heridas,
nos darán por las queridas
madres de nuestras entrañas!...
¡Que mientras tu amor y el mío
por ellas irán pidiendo,

tal vez se estarán muriendo
de horror, de miseria o frío!

ENRIQUE ¡Madre de mi corazón!
¡Cómo lloro al recordar
que mis manos, al marchar,
besó con adoración! (Pausa.)

VÍCTOR ¿Enrique?

ENRIQUE ¿Qué?

VÍCTOR ¿Lloras?

ENRIQUE Sí.

VÍCTOR ¡Ay, yo también! Tú, ¿por quién?

ENRIQUE Por mi madre.

VÍCTOR ¡Yo también!
¡Ay de ellas, de ti y de mí!

ENRIQUE No lo puedo remediar;
pensando en la madre mía,
creo que reventaría
si no rompiese a llorar.

VÍCTOR ¡Llorar un héroe! ¿Estás loco?

ENRIQUE Me enternece su memoria.

VÍCTOR ¿No te consuela la gloria?

ENRIQUE A mí, no; ¿y a ti?

VÍCTOR ¡Tampoco!
(Víctor saca un pañuelo, se enjuga sus lágrimas y después las de Enrique.)
¡Enrique! ¡Enrique!

ENRIQUE ¿Qué es?

VÍCTOR ¿Pudieras nunca pensar
que te viniese a enjugar
las lágrimas un francés?

ENRIQUE Perdona, Víctor.

VÍCTOR ¡Los dos
perdonemos nuestro encono,
porque al llegar a su trono
nos perdone a entrambos Dios!
(Se aumenta de repente el ruido de la batalla.)

ENRIQUE ¡Qué horrible matanza!

VÍCTOR ¿Ves?
Esos son nuestros hemanos.

ENRIQUE ¡Cuántos quedarán sin manos!

VÍCTOR ¡Cuántos quedarán sin pies!

ENRIQUE ¡ Qué horror !

VÍCTOR Pues hablando de eso
dirá la posteridad
que es esa barbaridad
una etapa del progreso.

ENRIQUE ¡ Por nuestros pobres hermanos
volvamos a Dios los ojos !

VÍCTOR Enrique, ponte de hinojos,
que yo cruzaré las manos.

(Enrique se arrodilla y Víctor pone las manos en cruz, apoyando su codo sobre el hombro de Enrique.)

¡ Dios, justamente irritado,
pon término a esta jornada,
por la tierra ensangrentada
y por el cielo ultrajado !
¡ Venga a nosotros, Señor,
aquel que a este mundo trajo
la justicia y el trabajo,
la fe, la paz y el amor !
¡ Héroe humilde de Belén,
purga de monstruos la tierra,
y líbranos de la guerra
por siempre jamás !

ENRIQUE ¡ Amén !

FIN

Precio: 0'50 ptas.